

die puede ver el reino de los cielos: *en verdad, en verdad te digo*, respondió Jesucristo á Nicodemo, *que no puede entrar en el reino de Dios, sino aquel que fuere renacido de agua y de Espíritu Santo.* Mas de esta necesidad, hablaremos en la lección siguiente.

—•••••

DIA VEINTE Y SIETE.

**San Frumencio obispo, Apóstol de las Indias Meridionales, y San Florencio, mártir.**

**SAN FRUMENCIO, OBISPO.**

Antes que Constantino pudiese dar la paz á la Iglesia y poner en seguridad las provincias del imperio romano, un filósofo, llamado Metrodoro, movido de la curiosidad, emprendió diversos viages y pasó hasta la India Ulterior. Así llama Rufino á la Etiopia, como lo han hecho casi todos los antiguos, para quienes el término general de Indias significaba cualquier país que les era desconocido hácia el Mediodia y el Oriente. Metrodoro á su vuelta presentó á Constantino perlas, pedrería y otras varias cosas que habia traído, quejándose de que Sapor, rey de los persas, cuyo imperio se extendia hasta el mar Rojo, le hubiese quitado las mas preciosas. Su ejemplo excitó vivamente á otro filósofo llamado Merope, de la ciudad de Tiro en Fenicia, y emprendió el mismo viage por semejante motivo, llevando consigo á dos jóvenes parientes suyos que educaba; el menor se llamaba Edeso, y el otro Frumencio.

Merope, habiendo satisfecho su curiosidad, se puso en camino para volver á su patria; mas el bajel se detuvo en el puerto para abastecerse de algunas provisiones. Era costumbre de los bárbaros de aquellos paises, matar á todos los romanos que se hallaban entre ellos cuando sabian que en el imperio se habian quebrantado sus tratados de amistad; y habiéndose divulgado allí semejante noticia á la sazón que Merope estaba á bordo, fué atacado su bajel; y el filósofo con los demas que estaban dentro, pereció al furor de aquellos celosos habitantes. Frumencio y Edeso se hallaban por una feliz casualidad sentados debajo de un árbol estudiando sus lecciones: fueron encontrados; pero los bárbaros se apiadaron de ellos y los presentaron á su rey. Este se aficionó de su buena presencia que indicaba la belleza de su carácter, y dispuso que se quedasen

en su palacio, donde cultivaron los conocimientos que habian adquirido.

Cuando fueron de edad mas adulta, el príncipe dió á Edeso el empleo de copero mayor, y á Frumencio, que reconocia de mas capacidad y talentos, encargó la administracion del tesoro público. Desde entonces fueron muy honrados y apreciados del rey, y se tenia de ellos grande consideracion en el país, porque la pureza de su manejo y la modestia de su trato todo lo merecian. El príncipe llegó á tocar en el término de su vida, y estando ya para morir, dejó el reino á su hijo bajo la tutela de la madre, por ser aquel muy niño; y á nuestros dos jóvenes les concedió una completa libertad. Hubieran regresado á su país; pero la reina, que en toda la corte no conocia á nadie mas fiel que ellos, les hizo mil instancias porque gobernasen con ella, mientras su hijo llegaba á la edad competente, y accedieron gustosos. A Frumencio se dirigia principalmente la súplica, porque era el que tenia mas disposiciones para el caso, y una sabiduría tal cual se requiere para el buen gobierno de un estado.

Pocos dias despues que nuestro Santo estaba correspondiendo debidamente á la confianza que se habia hecho de él, Dios le sugirió la idea de plantear allí públicamente la religion de Jesucristo. Al efecto indagó si habia cristianos entre los comerciantes de Roma que iban á traficar, ó estaban ya establecidos en el país; encontró algunos, y protegiéndolos de mil maneras, los exhortó á que se reuniesen públicamente y que tomasen las casas que les pareciesen á propósito, para hacer de ellas iglesias donde adorasen á Dios segun el uso de los romanos. El mismo daba el ejemplo, y practicaba lo que persuadia á otros con mucho fervor y aplicacion. Atraídos con favores y beneficios, suministrándoles lo necesario para que se mantuviesen y fabricasen casas; y como si no les hubiera puesto el poder en las manos mas que para hacer reinar á Dios en aquel país infiel, toda su principal ocupacion era poner por obra los medios mas oportunos para que fructificase el cristianismo.

Hallándose ya el príncipe, que se llamaba Aizan, en aptitud para tomar las riendas del gobierno, Frumencio y Edeso le dieron una cuenta fiel y exacta de su administracion: renunciaron los empleos honoríficos que ántes tenian, y volvieron á su patria, á pesar de las súplicas de la reina y del rey su hijo, y de los esfuerzos que se hicieron por detenerlos. La impaciencia que tenia Edeso por

volver á ver á sus padres, le hizo ir en derechura á Fenicia, y de allí á Tiro; mas Frumencio tomó el camino de Alejandría, y cuando llegó á ella contó á San Atanasio, que era el obispo del lugar, todo lo que habia pasado. Lo persuadió á que enviase á aquellas tierras bárbaras, un obispo capaz de fomentar en ellas la religion cristiana, y de conducir dignamente el rebaño que habia reunido. San Atanasio atendió con interes á los discursos de Frumencio, y habiéndole oido por segunda vez en una asamblea de obispos, le contestó como Faraon á José: *¿A quién otro podremos encontrar que tenga el espíritu de Dios como tú, y que pueda ejecutar tan grandes cosas?* Lo ordenó inmediatamente de obispo, y le mandó volver con la gracia de Dios al lugar de donde venia. Este era la ciudad de Auxuma, capital entonces de la Etiopia Septentrional, que fué despues el imperio de los abisinios. Era rica, poblada y de grande extension: se dice que subsiste en el día, pero muy arruinada, con el nombre de Axumo ó de Xumate.

Frumencio, lleno de la gracia del sacerdocio volvió allí, y esparciendo la semilla del Evangelio con mucho celo, recogió en breve frutos maravillosos. Se obraron por su medio innumerables milagros, y tan ruidosos como los de los apóstoles; lo que fué seguido de la conversion de una multitud increíble de bárbaros. Continuó sus trabajos apostólicos con una aplicacion infatigable, teniendo el consuelo de que el rey Aizan y Sazan su hermano, que habia sido asociado al gobierno, abrazasen el cristianismo y atrajesen con su ejemplo una gran parte de sus súbditos. Esto aparece por una carta que les escribió el emperador Constancio en el año 356, en la que los trata como á príncipes cristianos, no pudiendo desconocer su soberanía; pero no deja de hablarles con términos tan despóticos como si estuviesen sujetos á su imperio. No podia disimular el pesar que sentia de que la fé católica floreciese en sus estados mientras que él la tenia oprimida en los suyos. Frumencio llegó á ser el objeto del resentimiento de Constancio, porque supo que habia sido ordenado y constituido por San Atanasio, y que estaba estrechamente unido con él en sentimientos. Como perseguia cruelmente á este Santo patriarca, temió que se refugiase en Auxuma al lado de Frumencio, quedando á cubierto de los arrianos, sus enemigos, bajo la proteccion de los reyes de Etiopia; y mandó á estos príncipes que enviasen á Frumencio á Egipto para que fuese examinado, instruido y aun ordenado de nuevo por George, patriarca

intruso de Alejandría, puesto por el mismo Constancio, en lugar de San Atanasio. “Si Frumencio, decia en su carta, no viene á Alejandría, será tenido por cómplice en los sentimientos impios de Atanasio, y por un hombre tan malvado como él; y si Atanasio va á Auxuma, es de temerse que trastorne allí la fé y el estado.

Esta carta de Constancio, que no produjo ningun efecto, hace ver que el nombre de Frumencio era célebre en el imperio romano, y temible para los arrianos. Si su fé era sospechosa para aquel emperador herege, para la Iglesia fué ciertamente muy pura y ortodoxa, pues así lo convence la union tan estrecha que conservó hasta el fin con San Atanasio. Se ignora el año y el día de su muerte. Los latinos celebran su fiesta en 27 de Octubre.

### San Florencio, mártir.

Las obras de Dios, entre las que contamos los benéficos acontecimientos del mundo, y los cuadros magníficos que nos presenta la religion, se han distinguido siempre, y en efecto han debido distinguirse por su magnitud, por el gran número de ejemplares, por el influjo poderoso que han ejercido en el cambio de cosas, y por la universalidad del efecto seguido. De esta clase es el gran testimonio que dieron los mártires en la Iglesia, de la divinidad de Jesucristo y de la autoridad incontrastable de la religion revelada. Abrióse, por esplicarnos así, el Sagrado libro de este gran testimonio, y en solas tres centurias lo suscribieron con su sangre mas de diez y ocho millones de mártires: corren los siglos en la Iglesia, el libro del testimonio continúa abierto, y las firmas se aumentan hasta veinte y dos millones. ¡Firmas esclarecidas! ¡Sangre esmaltada, no con la nobleza humana, sí con la que le comunica un Dios hecho hombre, un hombre Dios, hecho Mediador de los hombres, cuya sangre borra el decreto que estaba escrito contra los hombres, y firma el nuevo pacto, la nueva alianza, el Nuevo Testamento! ¡Oh como no habia de ser acreedora la sangre de un Dios vertida por el hombre, á la sangre del hombre vertida por su Dios! Esta efusion de sangre es sin duda alguna un privilegio, una gracia distinguida que Dios ha concedido á los ilustres mártires de Cristo: la suerte de éstos, es una suerte digna de envidiarse, y los santos envidiaron en efecto. Los mismos mártires se envidiaban santamente unos á otros la dicha de morir entre mas crueles tormentos, entre dolores mas acerbos, de un modo mas sangriento; porque an-

siaban por padecer mas y mas, para dar mayor prueba de su fé y de su amor á Jesucristo. Entre estos gloriosos confesores y esclavos mártires se cuenta San Florencio, que en Tille Lechateau de Borgoña, tuvo la felicidad de dar á su divino Salvador la mayor prueba de amor que puede dar el hombre, sacrificando por su gloria la vida que de él tiene, y de que le hace un presente; y sacrificándose con aquella plenitud de voluntad que en el fervor de su amor abraza aun mucho mas que la propia vida; y que es tanto mas agradable á su Dios Salvador, cuanto que corresponde con ella en cuanto puede á aquella ansia, á aquellos vivos deseos en que se abrasaba el corazón de Jesus, de que llegase la hora de sacrificarse por el hombre. Desgraciadamente carecemos de noticias de la vida y martirio de San Florencio, y no podemos hacer mas que añadir nuestra pobre alabanza á la que le tributa la Iglesia, y con que aumenta su gloria accidental.

*La Epístola es del capítulo IV de la primera que escribió el Apóstol San Pablo á los corintios.*

Hermandades: Estamos hechos espectáculos para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros somos unos necios por amor de Cristo; mas vosotros sois los prudentes en Cristo: nosotros flacos, vosotros fuertes: vosotros sois honrados, nosotros viles y despreciados. Hasta la hora presente andamos sufriendo la hambre, la sed, la desnudez y los malos tratamientos: no tenemos donde fijar nuestro domicilio, y nos afanamos trabajando con nuestras propias manos: nos maldicen, y bendecimos: padecemos persecucion, y la sufrimos con paciencia: nos ultrajan, y retornamos súplicas: somos, en fin, tratados hasta el presente como la basura del mundo y como la escoria de todos. No os escribo estas cosas porque quiera sonrojaros, sino que os amonesto como á hijos míos muy queridos en Cristo Jesus nuestro Señor.

*El Evangelio es del capítulo XV de San Juan.*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el cultivador. Todo sarmiento que en mí no lleve fruto, le cortará; y todo aquel que diere fruto le podará para que dé mas. Ya vosotros estais limpios en virtud de la doctrina que os he predicado. Permaneced en mí, que yo permaneceré en

vosotros. Al modo que el sarmiento no puede por sí producir fruto si no está unido con la vid; así tampoco vosotros si no estais unidos conmigo. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Quien está unido conmigo y yo con él, ese da mucho fruto; porque sin mí nada podeis hacer. El que no permanece en mí, será echado fuera como el sarmiento y se secará, y le cogerán y arrojarán al fuego, y arderá. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedireis lo que quisieréis y se otorgará.

#### MEDITACION.

*Sobre la necesidad y obligacion de obedecer.*

Considera que como insinuamos en la meditacion precedente, debemos contemplar á la obediencia como una virtud universal que establece el orden, ó por esplicarnos así, como el mismo orden que Dios ha establecido para el gobierno del universo. No hay mas que tender la vista sobre todo lo criado, para convencernos hasta la evidencia, que el orden todo de la naturaleza se debe al cumplimiento de las leyes que Dios le ha impuesto: su consistencia, su reproduccion, su accion, sus movimientos, sus efectos, todo se debe á la subordinacion de unas causas á otras, á la disposicion y modo con que se adaptan, se combinan, se mantienen, se trasforman, y todo por el medio indispensable de obedecer la causa inferior á la superior, de ceder la fuerza menor á la mayor, de recibir la impresion y el influjo que unas en otras criaturas ejercen en todo cuanto da de sí la esencia y accidentes de las cosas. Pues hé aquí que este agente universal del orden físico, este medio indispensable que mantiene en su ser todas las cosas, lo es igualmente y con mas perfeccion en el orden moral. Prueba es de ello haber ligado Dios á la obediencia el orden bellissimo que estableció en el hombre en un principio, y haber sido la desobediencia de este mismo hombre la que causó el desorden de toda la moral, y el cúmulo de males ya de culpa, ya de pena que aquejan y persiguen á su desgraciado linage, sin dejar de acosarlo hasta la consumacion de los siglos.

Considera que subiendo á contemplar la causa primera de este orden universal en lo natural y sobrenatural, hallamos ser un Dios que es voluntad, esto es, un Dios cuya voluntad divina debe dominar y regir en todas las cosas; y que siendo en sí misma ordenadísima, ó por mejor decir le orden mismo, debe producir este orden en

todas las cosas, ya de la naturaleza ya de la gracia. Así es que no se puede faltar al orden sin faltar á la voluntad divina, ni faltar á la voluntad divina sin faltar al orden. Por eso Adán lo perdió desobedeciendo, y Jesucristo lo recobró obedeciendo. Hé aquí el medio de la reparacion de los hombres, la obediencia de Jesucristo. Entrando el Salvador á este mundo, dice S. Pablo, esto es, en el instante mismo que existió el hombre Dios en el seno de su Madre Santísima, se dirigió á su Padre celestial, prestándole la obediencia reparadora del mundo: Padre mio, le dice, aquí estoy ya; ya he venido: en tu eterno decreto está escrito de mí que he de hacer tu voluntad. ¡Oh Dios mio! Así lo quiero, y tu Ley está en medio de mi corazón. En efecto, la vida del Salvador es una plena y perfecta obediencia á cuanto ordena la voluntad divina, un lleno y exactísimo cumplimiento de cuanto estaba profetizado de él, hasta poder decir en la Cruz á punto de espirar, que estaba consumado todo. Hé aquí el ejemplar de nuestra obediencia; ejemplar de orden indefectible; ejemplar, cuya imitación nos es obligatoria, y que debe reglar toda nuestra conducta. Por la obediencia recobró Jesucristo el orden perdido: por la obediencia debemos recobrarlo nosotros.

#### PETICION Y PROPÓSITOS.

La exactitud en obedecer lo mandado, es lo que mas caracteriza á la obediencia cristiana y religiosa: todo lo que se disminuya ó se aumente á lo mandado, obra es de la propia voluntad; y así como defrauda á la voluntad agena, así deforma á la obediencia, ó por lo menos disminuye su mérito. La voluntad de Dios debe ser cumplida con toda exactitud: de otro modo, merece su reprobacion nuestra arbitrariedad. Así le sucedió al desgraciado Saul: De nada le sirvió haber pasado á cuchillo todo el vulgo del ejército de Agag, y lo mas vil de sus despojos: bastó haber reservado á aquel rey y lo mas precioso del botín, para que no llenase el mandamiento de Dios, y se atrajese su reprobacion. Sea, pues, nuestro propósito la exactitud en la obediencia, y pidamos al Señor una gracia eficaz que nos dé el efecto saludable de hacer la voluntad de Dios y santificarnos con ella.

#### JACULATORIA.

Tu Ley, Dios mio, está en el centro de mi corazón.

#### LECCION.

*Sobre la necesidad del bautismo á párvulos y adultos.*

A todos los hombres sin distincion de sexo ó edad, está mandado por ley divina reciban el bautismo, si quieren evitar la condenacion eterna, justamente debida por el pecado heredado del primer padre. El bautismo, pues, es absolutamente necesario para salvarse, tanto á los niños como á los adultos; porque siendo el único remedio contra dicho pecado, se sigue que todos estamos obligados á recibirle, no solo por el precepto que nos lo ordena, sino tambien por necesidad del medio, esto es, para poder entrar al reino de los cielos. Así lo ha enseñado siempre la Iglesia, fundada en las palabras de Jesucristo, que ya otra vez hemos referido: si no fuere renacido del agua y del Espíritu Santo, *no entrará jamas en el reino de Dios*: palabras que no exceptúan á nadie, y nos demuestran la absoluta é indispensable necesidad de recibir el bautismo, no solo siendo adultos, sino tambien niños. Prueba de esto es lo que dice San Agustin, hablando de los párvulos que mueren sin bautismo: *No creais, no digais, no enseñeis, si quereis ser católicos, que los niños que mueren antes de ser bautizados, pueden alcanzar la remision del pecado original*. Este mismo Santo Doctor en una epístola á San Gerónimo le dice: *Aquellos que dicen que los niños que mueren sin haber recibido el bautismo serán vivificados en Jesucristo, hablan contra lo que predicaron los Apóstoles, y condena toda la Iglesia: si se procura no perder tiempo, si se corre por bautizar á un niño, es porque se tiene por seguro que no puede salvarse sino por el bautismo*. Estas autoridades no pueden ser sospechosas á los calvinistas; pues San Agustin vivió en los primeros siglos de la Iglesia, que ellos llaman los dias felices, y el mismo Calvino llama á San Agustin, antorcha de la verdad. Reconozcan, pues, su error los pretensos reformados, á vista de la inteligencia que este gran Santo da á la palabra de Jesucristo, conviene á saber, que el bautismo es necesario para todos; y así ellos cometen un gran delito dejando morir á los niños sin bautismo, cuando no ha llegado la hora ó el tiempo señalado por sus ministros. Nosotros, convencidos de su absoluta necesidad, segun la doctrina de la Iglesia, debemos hacer todo lo posible para que no mueran sin bautismo. A este efecto en algunas diócesis es-

tá prohibido el diferir mas de dos dias despues del nacimiento el bautismo, y la costumbre es llevarlos lo mas pronto á bautizar.

Contra esta doctrina que consta del Evangelio y de tradicion apostólica, ha habido varios errores, todos muy perjudiciales á los párvulos. Pelagio el primero negaba se debian bautizar para librarles del pecado original; pues decia que no le contraian; sí solo para conseguir la gloria. A esto siguieron los hereges armenios, quienes aseguraban que los párvulos que morian sin bautismo iban al paraíso terrenal, si eran hijos de padres cristianos; y al infierno, si eran de infieles. Vicencio afirmaba no debian ser bautizados, pues que podian salvarse por las oraciones y sufragios de sus padres, ó por la predestinacion divina. Pedro Bruis enseñó no debian ser bautizados, porque no tenian acto de fé; este error es tambien de Lutero. Mas es de fé, y lo contrario es herético, que los párvulos deben ser bautizados ántes de tener uso de razon, pues de otro modo, exceptuando el martirio, no pueden conseguir la gloria. *Si alguno afirma, dice el concilio de Trento, que el pecado de Adan que es uno en su origen y trasfundido en todos por la propagacion, no por la imitacion, se hace propio de cada uno; se puede quitar por las fuerzas de la naturaleza humana, ó por otro remedio que no sea el mérito de Jesucristo Señor nuestro, único mediador; ó niega que el mismo mérito de Jesucristo se aplica así á los adultos como á los párvulos por medio del sacramento del bautismo. . . . Si alguno niega que los niños recién nacidos se hayan de bautizar, aunque sean hijos de padres bautizados, ó dice que se bautizan para que se les perdonen los pecados; pero que nada participan del pecado original de Adan, de que necesitan purificarse con el baño de la regeneracion, para conseguir la vida eterna, sea excomulgado.*

Y así por esta regla de fé, conforme la tradicion de los apóstoles, aun los párvulos que todavía no han podido cometer pecado alguno personal, reciben con toda verdad el bautismo en remision de sus pecados, para que purifiquen la regeneracion en ellos, lo que contrajeron por la generacion. . . . *Si alguno dijere que los párvulos despues de recibido el bautismo no se deben contar entre los fieles, por quanto no hacen acto de fé, y que por esta causa se deben rebautizar cuando lleguen á la edad y uso de razon; ó que es mas conveniente dejar de bautizarles que el conferirles el bautismo, en sola la fé de la Iglesia, sin que ellos crean con acto su-*

*yo propio, sea excomulgado.* Es pues doctrina de fé que el bautismo es absolutamente necesario á los párvulos para que se salven. Es verdad que se puede suplir el bautismo, ó por el deseo de recibirle acompañado de un acto de caridad, ó por el martirio, que es lo que ha hecho distinguir entre los teólogos tres clases de bautismo: bautismo de agua, bautismo de amor y bautismo de sangre. El de agua es el que hemos explicado: el de deseo, es el ardiente deseo de recibirle cuando no se puede efectivamente recibir: uno que muera con este deseo, siendo verdadero y acompañado de un acto de amor de Dios, se salva; el martirio tiene igual virtud, y es la razon porque veneramos á los mártires, aunque no hayan sido bautizados. Mas como quiera que los párvulos si no padecen martirio ellos no son capaces de deseo, es evidente que les es necesario el bautismo de agua. *¿Y qué importa que no padezcan todas las penas del infierno, como quieren algunos doctores, si ellos no son bienaventurados? ¿Qué, no les será pena muy sensible estar privados para siempre de la vista de Dios?*

Estimemos, en conclusion, el beneficio de nuestro bautismo: demos gracias á Dios de habérselo concedido por un puro efecto de su misericordia, cuando tantos adultos mueren en el seno de las tinieblas y de la infidelidad, y tantos niños en el seno de sus madres. Celebremos el aniversario de nuestro bautismo, como celebramos tantas épocas que en nada pueden ser comparadas con esta: renovemos las promesas que en él hicimos: este será un medio muy á propósito para justificarnos. Guardemos los pactos que hicimos con Dios, para que cumpla el de llevarnos á su reino, pues no espera sino nuestra voluntad, porque quiere que aunque la gracia y la gloria sean bienes suyos, los hagamos tambien nuestros.



DIA VEINTE Y OCHO.

San Simon y Júdas, Apóstoles.

¡SAN SIMON.

Para que se distinguiera Simon del Apóstol San Pedro, que tambien tenia este nombre ántes de que se lo variara nuestro divino Salvador, se llamaba el Cananeo, Cananista, ó Zelotes, y era hermano de Santiago el menor, tambien discípulo de Jesucristo. El prime-